

# Reciclaje

Ficción sin límites

## ‘A serbian film’ (o qué es una representación)

‘A serbian film’

Director: Srdjan Spasojevic.  
Guión: Aleksandar Radivojevic y Srdjan Spasojevic  
Actores: Srdjan Todorovic, Sergej Trifunovic y Jelena Gavrilovic, entre otros

AGUSTÍN FERNÁNDEZ MALLO

Que una película como *A serbian film* no me llame la atención lo suficiente como para pagar por verla no impide que, con los debates estériles creados en torno a ella, merezca la pena refrescar una serie de ideas. Sorprende mucho que alguien que esté un mínimo al tanto de lo que en términos estéticos significa la palabra representación no detecte la diferencia que hay entre construir una película como *El coloso en llamas* y realmente prender fuego a las Torres Gemelas y que-

Eurodisney, pasando por *El Quijote* o Fassbinder. Podemos radicalizar la duda: ¿la ciencia y la filosofía –al cabo ficciones– tienen límites? Claro que no, cómo podrían tenerlos, es que ni podemos imaginar cómo podrían darse realmente esos límites: una cosa es diseñar –es decir, construir la ficción– de una bomba que destruyera el planeta, y otra bien distinta es realmente destruirlo. Una cosa es que Platón teorizara una República y otra bien distinta poner en práctica esa República.

pa: “toda película, construida con actores a través de simulaciones, y en virtud de esa simulación, no es la realidad, sino la representación de una realidad y, como tal, es ficción”. Las ficciones, salvo panfletos, de nada hacen apología, sólo describen un mundo que, si la ficción en cuestión es buena, resulta verosímil, sólo eso, de igual manera que resultan verosímiles, y en la misma medida, dislates como *La guerra de la galaxias*, o dramas realistas como *Un tranvía llamado deseo*. Parece que *A serbian film* no sólo resulta verosímil, sino que lo es tanto que se pasa de la raya, se pasa de lista, lo que equivale a decir que excede lo que algunos códigos morales consideran como soportable. Nada que objetar. Entendemos que una sociedad, en su conjunto, y dado su momento histórico en concreto, consensúa lo que es moralmente aceptable o no, pero se da la casualidad de que nadie ha preguntado al conjunto de la sociedad si *A serbian film* es soportable o no. Y ahora el recursito fácil, que no por fácil deja de ser acertado: *Saló o los 120 días de Gomorra*, legitimada por las academias, y cu-



mar vivas a cientos de personas. O la diferencia que media entre la bofetada que Johnny Farrell le propina a Gilda y la que Glenn Ford le podría haber dado a Rita Hayworth tras el rodaje, ya en el camerino. No es lo mismo que en *Saló o los 120 días de Sodoma* Pasolini obligue a sus actores a practicar coprofagia con simulaciones hechas con chocolate y mermelada de naranja que obligar a hacerlo fuera de pantalla con heces reales.

En un programa de debate de una importante cadena de televisión nacional, alguien, muy ofendido, se preguntaba: ¿es que la ficción no tiene límites?, dando por sentada la respuesta de que sí tiene límites. Pues no, lógicamente, no tiene límites –e insisto en lo de “lógicamente”–, así lo han demostrado todas la representaciones y ficciones conocidas, desde la *Biblia* a

La reprobación de los productos de ficción, envueltos en la excusa del “bien común”, lo que en ocasiones ocultan es el bien del propio ejecutor, cifrado en su moral –moral que, como se sabe, pertenece únicamente al mundo de la esfera privada, y ahí debería continuar–. Es exactamente igual que cuando –¡incluso periodistas culturales!– te preguntan, “¿pero lo que cuentas en tu novela, ocurrió realmente?”, y te quedas atónito. Carece de sentido el intento de crear un lazo directo entre los hechos probados y los ficcionados. ¿Es que la existencia de esos lazos daría más legitimidad a la correspondiente ficción? Es esa una posición estética, hoy por hoy insostenible, que podríamos llamar “realismo ingenuo”. Volvamos entonces a la lección número uno de reciclaje de teoría estética, digámosla con pom-

ya exhibición hoy, rodada por un desconocido, sería impensable, debe parte de su legitimación a las interpretaciones que la entroncan con la cultura mayúscula: el Antefierno, círculo de las manías, círculo de la mierda y círculo de la sangre, aluden, claro está, a la *Divina Comedia*, quedando así blindada a cualquier ataque. Ese mismo blindaje, no nos impacientemos, le sobrevendrá a *A serbian film*, con independencia de su calidad intrínseca, como ocurriera con la más bien plana *Matrix*, objeto de todo tipo de sesudas disquisiciones que la ciencia ya había planteado muchas décadas atrás. En ese momento, *A serbian film* será programada por todas las cadenas generalistas en su edición de madrugada; tendrá su momento. Es esta un tipo de justicia conceptualmente errada, pero sirve de consuelo. |

Fotograma de ‘A serbian film’, una película que ha generado debate, escándalo y una acción judicial que ha hecho reaparecer el fantasma de la censura moral